



MENSAJE A LOS SACERDOTES DE LA ARQUIDIÓCESIS DE MARACAIBO CON MOTIVO DE CELEBRARSE EL DÍA DE SAN JUAN MARÍA VIANEY, PATRONO DE LOS PÁRROCOS.

Queridos hermanos sacerdotes.

1.

La fiesta del gran santo Juan Maria Vianney, tradicionalmente llamado el Cura de Ars, me ha motivado hacerles llegar algunas reflexiones con inmensa gratitud a Dios por el don de la vida cristiana y, en ella, de la vida sacerdotal, este gran tesoro que llevamos en vasijas de barro (cf 2Cor 4,7). Nada facil es escribir en este tiempo de pandemia y de desolación, donde se ha resquebrajado todo tipo de seguridad que antes teníamos, quedando el ser humano a la interperie, siempre con la zozobra que genera la incertidumbre y con más preguntas que respuestas, sobre todo quienes tenemos responsabilidades pastorales, por el ímpetu que evangélicamente tenemos y ahora nos vemos limitados.

2.

Una motivación que debe estar presente en la mente de quienes, de una u otra forma, hemos sido afectados por esta pandemia es pensar si este tiempo de restricciones lo hemos perdido o por el contrario, ha sido otra forma de mirar el mundo, la historia, la vida, nuestro servicio sacerdotal, pensar en nuestras decisiones, hacer un balance de lo realizado y calibrar muchas veces que no somos salvadores de este mundo, sino colaboradores, junto con muchos otros, con diversas dinámicas, de tal forma que la realidad humana y social tenga sentido y se abra a la novedad del momento.

3.

Este tiempo ha sido y sigue siendo muy fuerte para todos, pero principalmente para los más pobres a quienes servimos por distintas vías. El Papa Francisco ha descrito muy bien lo sucedido al afirmar que “las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos” (Un plan para resucitar). Fragilidad, esa es la palabra que envuelve toda esta tragedia humana y social, pero, a la vez, nos hace darnos cuenta que lo que debe prevalecer es la riqueza de sentirnos humanos, realidad que nos une y que nos hace fraternos.

4.

Debemos estar conscientes que lo que vendrá después de la pandemia será muy compleja, no se trata de sobrevivir, sino de hacer vivir a los otros, sirviéndoles, construyendo un

nosotros que implique la promoción de la fraternidad y de la amistad social, en una labor constante en favor de la cultura del encuentro, la comunión pastoral y la unidad en la diversidad. Sirva de motivación para esta labor lo que hoy nos expresa el Cura de Ars al afirmar: “el hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oras y amas, habrás hallado la felicidad en este mundo. La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable” (Oficio de Lectura). Orar y amar, dos realidades vitales para nosotros como ministros del amor en la reconciliación; cuántas veces hemos tenido que dejar la ofrenda a un lado y hemos ido a reconciliarnos con el hermano y luego volvemos alegres a dar nuestra ofrenda; de ahí que una actitud y exigencia para poder ser reconciliadores es ser testigo. El tiempo de pandemia ha sido propicio para incentivar nuestra oración personal; el tiempo disponible tenía que ser para Dios, porque a través de Él alcanzamos a su Pueblo, pero también es el tiempo para la Iglesia como Pueblo de Dios, porque a través de la oración ayudamos a construirla viviendo la fraternidad.

5.

En medio de estas realidades no debemos olvidar que el centro de nuestra oración cristiana y sacerdotal es Jesucristo, nuestro ministerio le pertenece, ha sido un don que nos ha dado no por nuestros méritos, sino para una misión encomendada; por tanto, “somos buenos sacerdotes si vamos a Jesucristo, si buscamos al Señor en la oración: la oración de intercesión, la oración de adoración. Pero si nos alejamos de Jesucristo, debemos compensar esto con otras actitudes mundanas, y surgen entonces todas estas figuras como el sacerdote especulador, el sacerdote empresario” (Francisco. Homilía en la capilla Santa Marta, 14-01-2014).

6.

Durante la pandemia hemos experimentado la inercia, el no saber el rumbo; algunos hemos sufrido diversos problemas de salud, e incluso, hemos sentido la tristeza de no poder realizar nuestro ministerio como normalmente lo hacíamos; pero también constatamos que hubo mucha creatividad comunicacional, principalmente cuando estaban cerrados los templos, ya que por cualquier medio se trataba de hacer llegar el mensaje, incluso algunos hasta arriesgaron su seguridad yendo más allá de lo establecido por las normas de bioseguridad; ciertamente que la sensación de impotencia se acrecentó al constatar que seguían los contagios, y aún hoy en cierta forma la tenemos. Lo importante es saber que nos enfrentamos con nuestra verdadera realidad humana, descubriendo los frágiles que somos, pero también que si ponemos nuestra confianza en Jesucristo, veremos la luz del futuro, de la esperanza, de una nueva normalidad, del encuentro.

7.

El sacerdocio recibido está enmarcado en el corazón amoroso de Jesús, es testigo de este amor encarnado, que trasciende fronteras y no pone límites, por lo que nuestra entrega es ilimitada, siempre en un gastarse y desgastarse por el Reino de Dios (cf 2Cor 12,15). Esto implica en nosotros actitudes que trascienden tantas veces nuestras fuerzas, lo que nos hace permanecer adheridos a Jesús. Con palabras del Papa Francisco diría que el sacerdote es testigo “de que es el más pobre de los hombres, si Jesús no lo enriquece con su pobreza; el más inútil siervo, si Jesús no lo llama amigo; el más necio de los hombres, si Jesús no lo instruye pacientemente; el más indefenso de los cristianos, si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas (...) desde esta pequeñez asumimos nuestra alegría. ¡Alegría en nuestra pequeñez!” (Homilía en

la misa crismal. 17-04-2014). Sin la acción vital de Jesucristo en nosotros, permaneceríamos en un total sin sentido. Él murió en la Cruz, se sacrificó por nosotros y en su resurrección encontramos el sentido de la misión encomendada a través de su Espíritu.

8.

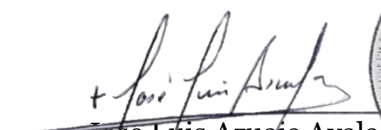
Demos gracias a Dios Uno y Trino por esta llamada a la misión, a darle sentido a nuestra vida cristiana desde el servicio al Pueblo de Dios, privilegiando a los más pobres. El Espíritu Santo y María Santísima nos acompañan en este caminar. En María encontramos dos acciones fundamentales que siempre deben estar presentes en nuestro ministerio: ella respondió “hágase en mí según tu palabra” (cf Lc 1,38), se puso a disposición de Dios, se vació de sí misma para entregarse a los designios de Dios; pero también dijo, “hagan lo que él les diga” (cf Jn 2,5) de tal manera que el sujeto se pasa a los otros para que asuman con fe la Palabra de su Hijo Jesucristo y las acciones realizadas por él, principalmente el amor y el perdón que rehace a la persona y genera paz en la humanidad.

9.

Felicidades, pues, hermanos sacerdotes. Que este día de San Juan María Vianney, el Cura de Ars, sea motivo de discernimiento para dejar hablar al Espíritu del Señor a través de su Pueblo, con una actitud sinodal y en perspectiva misionera. Que Dios premie todo el bien que hacen en sus comunidades parroquiales y en los servicios eclesiales que realizan. Que siempre anhelemos en la fe, la santidad de Dios.

Con mi afecto y bendición.

Maracaibo, 4 de agosto de 2021.


+ José Luis Azañe Ayala
Arzobispo de Maracaibo
Presidente de la CEV

